

quiero pertenecer á vdes. . . Cierto es que sólo una vez he comulgado en mi vida, pero era yo una buena hija. . . . Vean cómo lloro al pensar en eso Soy una criatura indigna, ¡ay! sí, sí. . . ., y ¡hasta qué punto no será menester que lo sea yo para que se me haya creído capaz de apuñalar la hostia donde está oculto Jesucristo; porque yo creo que allí está Dios. . . . ¡Oh! Mi madre me maldecía desde el otro mundo, si cometiese yo tan execrable sacrilegio! No, no; jamás haré semejante cosa! Yo les guardaré á vdes. el secreto que les he ofrecido. Ojalá pudiesen también bajar al fondo de su conciencia. Pero no quiero ser ya de vdes., y me retiro.

Se le había dejado hablar sin interrumpirla.

—Tú misma acabas de pronunciar tu condenacion, le dijo el gran maestro luego que acabó de hablar.

—¿Mi condenacion?

—Sí. Puesto que abrigas los sentimientos que nos acabas de manifestar, era menester sacarte de la masonería antes de que fueras llamada al Paladismo. Pero cuando alguien ha traspasado ya el umbral de los Triángulos, no puede renunciar a su pretexto de que comprendió mal lo de que se trataba. Es muy tarde para que te retires. Sabes ya cuáles son nuestros últimos misterios, y te hacen temblar, has dicho. . . .

—Me causan horror efectivamente.

—Luego te has convertido en nuestra enemiga. . . .

—No. Me apena mucho saber que el reglamento prescribe á vdes. unos sacrilegios tan espantosos, y lo que rechazo es ese reglamento. ¡Maldigo á los que le concibieron y le impusieron por la fuerza á vdes. mismos; pero siendo vdes. extraños á ello, los compadezco por hallarse en semejante extravío. Esta nueva indicacion que se me ha querido dar me ha acabado de abrir los ojos.

—¡Desdichada! Tú eres quien acaba de caer en la ceguedad. Tú reniegas de la luz. Tú blasfemas de Satan nuestro Dios, por ser él quien nos dió nuestro reglamento. El no nos lo impuso, nosotros fuimos los que le aceptamos felices, porque él es la verdad inmutable, el gran calumniado de los reyes y de los sacerdotes. . . . De ese modo te colocas de nuevo bajo la bandera de Adonai y vuelves á ser de corazón adepta del Dios de la supersticion. Digas cuanto dijeres para disculparte, eres enemiga nuestra. . . . Pues bien, como tal has llegado á tornarte un peligro para nuestra Orden. Si hubiesen triunfado ya en todo el mundo nuestras opiniones, acaso te dejaríamos salir de aquí; pero domina todavía en él la supersticion; nuestros ritos se interpretan mal por el vulgo ignorante, y todo hallan bueno las ministros de Adonai para difamarnos. Todo aquel que habiendo sido de los nuestros deja de serlo, está contra nosotros.

Nuestra propia seguridad nos obliga á tratarte como enemiga mortal. . . . Por esta razon, ya lo dije, tú misma pronunciaste tu condenacion. ¡No saldrás de aquí!

Entonces se lanzó ella hacia la puerta; pero los Hermanos que se hallaban al fondo de la sala le cerraron el paso y muchas manos vigorosas se arrojaron sobre ella.

—¡A muerte! ¡A muerte! aullaba el apóstata polaco.

Verdaderas furias fueron entonces aquellos hombres que se apoderaron de la desventurada joven, haciéndose dueños de sus movimientos, por más que ella hacía y forcejeaba para desasirse de ellos. Desde ese momento, ya se podía considerar como perdida. Ahogaban sus gritos con mordazas que le ponían, y en tan horrible lucha habíanse desgarrado sus vestidos que quedaron hechos girones. En seguida la liaron con unas cuerdas fuertemente en todo el cuerpo, mas disponiendo la mordaza de manera que tuviese la joven libertad para respirar.

Era que no la querían matar inmediatamente.

Los miserables levantaron en el acto la sesión, abandonaron á su víctima, dejándola en el suelo y salieron de la vetusta casa, no sin cerrar todas las puertas cuidadosamente. Si, lo que habría sido imposible, hubiese podido romper ella su mordaza, no habrían podido escucharse sus gritos desde afuera.

Al irse aquellos verdugos, se habían dado cita para el día siguiente, en que deberían deliberar acerca del género de muerte que aplicarían á la desventurada.

Volviéron, en efecto, al caer la noche. Eran nue-

ve, dos Hermanas y siete Hermanos, entrando en ese número el apóstata polaco. Este, en el día, había enviado allá unos tubos de plomo de modelo más pequeño que los que se usan para la conducción del gas. Había concebido el infame una idea que estaba cierto de que aceptarían sus colegas, y era una idea atroz.

Cuando, en la propia sala que el día anterior, y por consiguiente en presencia de la desdichada que yacía inerte, aunque respirando y oyéndolo todo, volvieron á la sesión, movido de compasión uno de los Hermanos ulcionistas, probó salvar á la infeliz mujer.

Propuso con timidez que por la última vez se pusiera á la institutriz en condiciones de traspasar con una sola puñalada la hostia consagrada.

—Ha podido reflexionar desde desde ayer, dijo, y bien pudiera ser que hubiese recobrado ya buenos sentimientos.

Pero el apóstata polaco se opuso enérgicamente á que se hiciera una nueva prueba.

—¡No, no! gritaba. Ella misma se condenó ayer, y ya no hay remedio.... Sólo el miedo de la muerte le haría ejecutar aquello que consideró como sacrilegio, pero que sería la primera en explorar una vez salida de aquí, é iría luego en busca de un sacerdote de Adonai, se confesaría, alcanzaría la absolución y ya no volvería á nuestro lado. Como nunca, había de ser entonces enemiga nuestra. No la dejemos, pues, escapar, sino que antes bien ejecutémosla sin demora, sin remisión!

Entonces expuso su idea acompañando con una risa feroz las palabras con que la desarrollaba. Aquel hombre verdaderamente dominaba á sus cómplices por el terror, de modo que nadie se atrevió á levantar la voz contra él, temerosos todos de verse envueltos en su implacable ódio. Pidió, pues, que la votacion se hiciera, levantando las manos los que estuviesen por la afirmativa, y todos levantaron las manos á un tiempo mismo.

¡Qué crimen!... Hé aquí lo que votaron aquellos nueve ulcionistas.

Liado ya, como lo estaba, con cuerdas el cuerpo de la desgraciada víctima, se le enredaron los tubos de plomo de que el apóstata se había provisto, y de esa manera fué conducida á un sótano de gruesas paredes, sótano, que lo mismo que otros de aquel edificio, no tenía objeto alguno, porque el subsuelo de la vetusta casa, ya fuese por la antigüedad misma, ya por pasar cerca de allí el caño de un albañal, estaba infestado completamente de ratas, y ni las trampas ni los cebos envenenados que se les ponían habían podido acabar con aquellos perjudiciales bichos, de tamaño capaz de hacerlos luchar hasta con los gatos.

Entregada viva como pasto de ratas, de enormes ratas de albañal, tal fué la suerte de aquella desventurada Hermana paladista, que se resistió á apuñalar la hostia santa!... Fácilmente se comprenden sin describirlos cuáles fueron los horrores de aquella espantosa muerte.

Siempre me ha perseguido el recuerdo de tan

execrable crimen, y siempre le tuve presente desde el primer día hasta el último de mi novena, y crece mientras tanto mi amor á Dios, y crece juntamente mi odio á Satán.

¡Ah! ¡Qué felicidad la mía de haber recibido la luz del entendimiento durante aquella bendita noche del 20 al 21 de Agosto!... Tormento insufrible era ya para mí el dolor que me causaba antes de ahora pensar en los nuevos suplicios que infligían los sacrilegos sectarios á Jesus. Hoy que ya no abrigo la duda cruel que entonces, gimo al considerar las criminales intenciones de los sacrilegos, de los fanáticos luciferianos; pero comprendí al fin, sé que mi amadísimo Jesus está fuera del alcance de todo infame atentado.

No me han faltado explicaciones teológicas de los caritativos sacerdotes á quienes he escogido para consejeros; sobre todo el padre capellan, que veía mi angustia en aquellos días en que con una fé indecisa era verdadera tortura para mi corazón el recordar á los que apuñaleaban hostias; me prodigó prudentes consejos, temeroso de que volviere yo á caer en alguna duda en fuerza de mi amor ardiente al Cordero de Dios. También otro eclesiástico me favoreció con sus consuelos; pero pues que tan perfectamente unidos están los corazones de mis consejeros y guías espirituales, bueno es hacer que se trasmita á las almas de los fieles que me leen, el consuelo con que Dios se dignó agraciarme.

En efecto, no hay para qué vaya á turbar los

ánimos lo que tengo todavía que decir. Lo mismo que he sufrido yo podrían sufrir otras amantes almas de Jesús, y decirse ellas lo que yo me decía antes del divino sueño que tuve la noche de mi libertad;—¡No! ¡Esto no es posible! Dios no había de consentir que de esa suerte le apuñalearan, le hirieran y le dieran á los perros!—opinion falsa que conduce á la duda acerca de la presencia real.

Toda mi vida he de dar gracias á Dios por haber obrado en mi favor este milagro: la plenitud de la fé, no ciega; sino clara, iluminada con la luz más inesperada.

Para nada os turbeis, pues, amigos y amigas mías. Cuantos atentados sea dable cometer contra la sagrada Eucaristía quedarán reducidos á la impotencia más absoluta y radical de alcanzar en manera alguna, ni en ningun instante, á la sustancia divina ni á la sustancia humana de Jesucristo. Ni puñales ni perros podrán jamás contra El.....

«Jesucristo, resucitado de entre los muertos, no morirá ya, ni la muerte ejercerá ya imperio en El porque muerto por el pecado, murió sólo una vez; más la vida ahora permanece en Dios». (San Pablo, *Epístola á los Romanos*), cap. VI, v. 9—10.

Digamos de una vez que Jesús vive para siempre en su humanidad glorificada. Consideremos que todos los atentados de la grosera materia que dan sin efecto en los cuerpos que se hallan en estado de bienaventuranza; porque no sólo impa-

sibilidad tienen esos cuerpos, sino una especie de *espiritualidad*. El mismo San Pablo, el incomparable San Pablo, lo dice así terminantemente: «El cuerpo está sembrado en la corrupcion; mas resucitará incorruptible. Está sembrado en la ignominia; mas resucitará impasible é incorruptible.»

Pues bien; todos nosotros, los que empapados en esta creencia amamos al Buen Maestro, todos comprenderémos que, sean cuales fueren las profanaciones que se cometen contra la adorable Hostia, nada sufre con ellas en su Sér físico Jesús.

Espantoso es, ciertamente, el crimen, que será castigado con terrible pena á causa de la atroz perversidad que en vano se propone alcanzar á Dios. Empero Jesús puede permanecer, y permanece de hecho, presente en la Hostia en medio de las profanaciones, mientras las sagradas Especies se mantengan en las condiciones que Dios puso para que sirvan de velo á su sacrosanta presencia; sin embargo, su soberana Beatitud y su inefable Santidad escapan á toda impiedad de la tierra y del infierno.

En aquellas horas de congoja en que no sabía yo qué creer, me sucedió pensar en los milagros que á veces se han verificado en estas ó aquellas profanaciones. Ha habido quienes hayan visto manar gotas de sangre de las hostias cuando las apuñaleaban; y al manifestarse un milagro así, redoblan su rabia los satanistas, como el judío de las Billetes, creyendo que han conseguido herir

á Cristo y que Cristo sufre. ¡Ah! ¡cómo me ha hecho temblar y en qué suplicio tan cruel me ha puesto, el recuerdo de semejantes milagros! Ahora he venido á comprender que cuando deja la hostia consagrada que *aparezca* sangre, es como un juicio anticipado que pone á la vista de aquellos hombre-demonios la realidad de la Presencia Divina, descubriéndoles el género de sentencia que les aguarda al pisar el dintel de la eternidad.

Por eso no hay que inquietarse; pero sí es menester ponerse en manos de Dios. De hoy en más, no tendremos motivo de zozobra, ni veleidad de duda, al comprender perfectamente hasta qué grado es necia, es estúpida la rabia infernal; porque con todo rigor, lo único que hace, es encarnizarse en el vacío. ¿Qué es lo que apuñalea? ¿A las Santas Especies? Pero si nada son ellas, más que simple apariencia, sin sustancia alguna de pan!... ¿A la gloriosa Humanidad de Nuestro Salvador? Pero si, presente como lo está, allí, y todo, no puede alcanzarla medio material de ninguna especie!...

Lo único, pues, que les queda á los paladistas y á otros satanistas, es la inmensa, la incomprendible responsabilidad de su intencion deicida, bien así como á nosotros los cristianos fieles nos queda la dulce y á la par dolorosa tarea de reparar, de amar, de adorar con relacion á los vanos ultrajes que se cometen.

¡Ah! ¡Creamos, sí, creamos!... Teniendo fé en

lo que la Iglesia enseña, poseemos la infalible verdad.... ¡Creamos y amemos, creamos y reparemos, creamos y adoremos. ¡Triunfemos de Satanás, dándonos á Jesus, como El se da á nosotros!

